

GARCÍA RAMÍREZ, SALVADOR (2023)
SOBREVIENE EL OLVIDO
TOLEDO: EDITORIAL IV CENTENARIO

ALFONSO MANZANARES GARVÍN

Lo primero que cabe reseñar es que técnicamente los versos son de una construcción métrica perfecta, algo que no se puede tachar de anacrónico, sino de clásico modo. Esto favorece su musicalidad, su lectura. Apenas hay encabalgamientos, ni tampoco se trata de versos acotados; cuando es necesario Salvador utiliza varios de ellos para exponer imágenes o ideas de mayor extensión. El poeta, como todo poeta que se precie, mira al mundo con asombro, percibe bajo otra óptica las realidades de la vida y nos las comunica entusiasmado. Tras la contemplación detenida, meditada, surgen en su mente, pasando por los filtros de cultura, personalidad y experiencia, conceptos e ideas, que Salvador sabe traducir a palabras con las que nos transmite la emoción que él ha sentido. Así poetiza la realidad.

El objeto de meditación del libro se centra en el paso del tiempo. Es una elegía por el paso del tiempo y con ello, de todo cuanto fuimos, somos, y aún podremos ser. Es una reflexión honda y tranquila entre el recuerdo y la nostalgia, entre la realidad y la imaginación.

En esta encrucijada el poeta mira hacia dentro y reflexiona con la luz de esa mirada interior, tan rica de contenido, tan enriquecida de experiencias, tan cargada de memoria. Si en la narrativa el autor puede esconderse e incluso desaparecer, en la poesía el autor se nos expone y desnuda, nos deja sus *señas de identidad*, en este caso con un existencialismo que estremece. En los poemas (y esto es una constante en sus libros) se reconoce a una persona de un profundo humanismo, una persona que sabe evitar el puro centro de la vanidosa nada.

Dejando atrás lo vivido, Salvador reflexiona cómo ha de encarar el futuro. Un futuro al que ha de enfrentarse con otra actitud, quizá consciente de que a estas alturas de su vida, siente cómo se va perdiendo por las últimas curvas del camino. Al mismo tiempo el porvenir es más que nunca un campo de dudas y desconfianzas, un porvenir demasiado cambiante, exponencialmente cambiante, al menos para que se le pueda seguir el ritmo sin el empuje de una juventud ya dejada atrás, y eso lo hace ver cada vez *«un mundo frenético y sin rumbo, un mundo que muda y no es el mío»*.

Entre el tiempo pasado y el porvenir, la balanza se inclina con el peso del pasado. En lo pasado, las circunstancias, las costumbres, lo vivido, profundizan con una emoción racional, quizá a veces demasiado racional, con reminiscencias de un sentido común inherente a su condición de profesor largamente ejercida.

Salvador, en su sencillez hermosa, sabe reflexionar y exponer grandes ideas. Decía Umbral que *«poesía es el difícil descubrimiento de las pequeñas cosas que llevamos en los bolsillos»*.

Todo el libro es de una retórica transparente, los poemas se desarrollan en estilo narrativo, siguiendo como hilo conductor la fugacidad del paso del tiempo. Se trata por tanto de una poesía en la que se puede seguir un argumento, y esto podemos decir que nos la hace equivalente al arte figurativo en pintura, aunque no faltan pinceladas líricas ni fondos difuminados por la abstracción.

Destaca también cómo su mente estructura sentimientos tan personales, tan generales, tan suyos, tan nuestros, que en los versos consigue Salvador crear un yo común en el que cada lector puede reconocerse. Es lo que hace que sintamos su poesía como nuestra, disfrutar de la ventaja que nos da el verdadero poeta, la verdadera poesía, enseñarnos a ver aquello que antes había pasado sin dejar huella por nuestra mirada.

El libro recoge citas que nos ayudan a descubrir el sentido de sus poemas. Por ejemplo, esta de Joan Margarit: *«Siento como el entorno se me va haciendo extraño»*.

Siente que el mundo empieza a parecerle que no es el suyo ni es ya para él, que no reconoce las nuevas costumbres, si es que en la vida actual se mantienen las costumbres, pues apenas hay y vivimos entre modas que nos agitan con su oleaje de furia y ruido. Los valores tradicionales han sido sustituidos por las marcas. En esta impresión siente la edad como desfase y decadencia, siente como corre el peligro de quedarse atrás y no valen quejas ni pedir auxilio, sino apelar a la dignidad de la vida, de la obra, de lo creado, para justificarse antes del balance final, a donde se ha de llegar ligero de equipaje. Mirando hacia atrás sin ira, en clara meditación vital, escribe: *«De logro en desacierto, vacilante, / rebusco lo que queda mientras gasto / el resto de la vida en remendar/ los lazos que no ató tanta premura/ la casa a medio hacer, los versos rotos»*.

«**Las referencias**» es el poema preámbulo. En él Salvador pretende ordenar, comprender, racionalizar los sentimientos; una tarea un propia de Sísifo, un esfuerzo nunca concluido, siempre recommenzado (recalculando se diría ahora). Ante lo arriesgado e inútil del esfuerzo termina el poema escribiendo: *«Qué arriesgados los versos. Qué difícil / es llegarse a entender y que te entiendan»*.

En la primera sección «**¿Qué tiempo es este?**» acude a una lírica de ámbito cotidiano, todo ello enmarcado en una atmósfera de recogimiento postpandemia y de avanzado septiembre otoñal. El poeta siente como *«el frío va adueñándose del patio»*, y la próxima estación, el invierno: *«...nos pilla desarmados, / sin recoger los toldos, / de nuevo sin limpiar la chimenea»*.

La Segunda Sección «**Desordenados pájaros**» se abre a temas más variados. Contiene un poema antológico “Llamaradas” con cita de Francisco Caro, igualmente esclarecedora: *«En esta sencillez que nada pide/ habita la humildad de la belleza»*.

Bendita sencillez de la belleza. Sencillez y belleza son hontanar de este poema, en el que Salvador ha escrito versos a la altura de los de Campos de Castilla de su admirado Antonio Machado:

En esta segunda sección se incluye igualmente otro poema magnífico, «**Sobrevivir a lo vivido**» clara referencia al título (Sobreviene el olvido), y en el que se nos muestra la clave de bóveda del libro, más clara aún con la cita de José Ángel Valente: *«Vivir es fácil. Arduo sobrevivir a lo vivido»*.

En su rincón de trabajo, rincón de meditación creativa, bajo la balda combada de libros y carpetas, ante la ventana que da respiro a su imaginación, Salvador se interroga e interpela: *«A dónde quieres ir, / si el futuro se va por otra parte / y el pasado, insumiso, / confabula su propia biografía / que no te reconoce»*.

La tercera sección, mantiene el lamento desengañado por el tiempo ido. En el poema «**Varadero**» se imagina el final ... *«cuando el tiempo se enrede y precipite / ... no dé ya más de sí»*

Magnífico verso final todo de monosílabos, que nos trae a la memoria un «*no sé qué que quedan balbuciendo*» de San Juan de la Cruz, fallecido en la cercana Úbeda.

Ya no es posible el retorno, el poema que da título a la sección «**Las lindes rotas**» siendo el más autobiográfico, va de lo personal a lo universal, y en él podemos reconocernos todos. Los títulos de los siguientes poemas, parecen una secuencia y consecuencia de lo inevitable: «**Arrinconándose**», «**Inherente**», «**Sólo y gastado**».

Cierra el libro el poema «**La lentitud**», donde Salvador, en segunda persona se interpela a sí mismo, y expone su conformidad a la dualidad que impregna lo sólo y lo gastado que él se achaca, pero que afortunadamente, para él y para todos los que le seguimos, aún no es, ni mucho menos, su realidad última.

En definitiva, un libro de aceptación que nos ayuda a soportar serenamente lo perdido. Una poesía verdadera y de verdadera hondura, una poesía humana, demasiado humana, que verso a verso expone un sentimiento, un estado, una emoción Para Vicente Aleixandre, la poesía terminó siendo «comunicación». Para Pedro Salinas la poesía «no se explica», nos explica. Ambas cosas se dan en este emocionado y cercano libro, donde Salvador ha conseguido un alto nivel poético logrando el difícil equilibrio entre el contenido humano, la métrica más depurada y una alta calidad estética.

En este mundo de imposición virtual que tanto nos desvirtúa, encontrar un libro de versos, al que ha dado su bendición Luis Alberto de Cuenca, admirable como poeta, magnífico como crítico, dice mucho de su valía. No es una poesía falsa, de ocurrencias o automatismos; es una poesía meditada, sentida. Una poesía clara, ordenada, armoniosa, que dice lo que sabe y sabe decir lo que dice.

Los lectores de poesía nos desvivimos removiendo y cribando la arena de los versos, para descubrir emocionados el brillo de alguna pepita lírica, en este río poético las encontramos con abundancia:

«Un rescoldo de rosas deshojadas / pone letras carmín sobre la hierba»

«Son señales de humo la bandada / que escapa por el vidrio del poniente»

«A dónde, corrompida y pálida, / la luz dirige su amargura»

Si concluyo diciendo que se trata de un poeta tardío, de poesía narrativa, sentimental, muy verdadera y llena de delicados aciertos, estaréis de acuerdo en que estas apreciaciones describen muy bien la poesía de Salvador, y es cierto, pero fueron escritas por Francisco Umbral para referirse a un albañil de Tomelloso, un social realista tardío, que hacía una poesía, sentimental, muy verdadera y llena de delicados aciertos. Fueron escritas para Eladio Cabañero. Otra razón que confirma que la elección del libro premiado ha sido un gran acierto.